

El que ve a los muertos caminar

JESUS MIGUENS FIEIRO



Image not found.

Capítulo 1

Introducción

Los creyentes dicen que soy alguien especial, los incrédulos, agnósticos, escépticos y ateos que soy un farsante. Los creyentes dicen que reúno las cualidades o dones atribuidos a los diferentes personajes “magicos” que recoge la cultura popular de mi tierra, Galicia.

Para algunos soy un vedoiro (el que puede ver a los muertos caminar), un meigo o feiticeiro (brujo o hechicero), menciñeiro, (un curandero o sanador), cartuxeiro, (echador de cartas), vidente, home santo (hombre santo), diaño Diablo).

Está es mi historia... Os autorizo a juzgarla, tanto si sois creyentes... como si pertenecéis al grupo de los otros...

Nací un día 29 de Febrero, el año me lo reservo. Según me contaron y luego confirmé, investigando en diferentes hemerotecas, aquel día sucedieron una serie de sucesos que podríamos denominar extraños o paranormales para unos (los creyentes) y normales para otros... hago referencia a alguno de los diferentes titulares de los diarios de la época, publicaban en portada las siguientes noticias de ese 29 de Febrero:

Un rayo parte la campana principal de la iglesia de Bastavales. Una manada de lobos ataca a una pareja de peregrinos y devora a su hijo recién nacido al pie de la catedral de Santiago de Compostela. Vecinos de Padrón afirman haber visto a la Santa Compañía cruzando el río Sar. El párroco de la iglesia de las ánimas en Santiago de Compostela se suicida en plena eucaristía. Descubren el cadáver de una monja desnuda en la capilla de la iglesia de Sar.

Titulares muy normales para la época, pero que conste. Revise los titulares de los siguientes años bisiestos, hasta la actualidad y no se volvieron a producir tales acontecimientos.

Según cuenta mi madre, mis abuelos y tíos, que durante la fiesta de la parroquia, estando yo todavía, en el vientre de mi madre, sufrí el ataque de un carnero, esté trucó a mi madre tirándola de espaldas al suelo, gracias a la providencia estaba de nalgas y el carnero me atizó en una de ellas, de ahí una marca con una forma “especial” que tengo en mi nalga derecha. Cuando me bautizaron el cura, venía de oficiar un funeral y tenía colocadas las estolas para esa ceremonia y me ungió con aceite de difuntos... Desde muy corta edad comencé a pronosticar las muertes de

personas del entorno, jóvenes y viejos.

He viajado a través del tiempo en mi mente, hasta mis orígenes; me he visto nacer, descubrí que tuve un hermano gemelo idéntico; el día que nacimos mi hermano y yo sucedió algo terrible que nadie me había contado, que a continuación os voy a relatar.

Capítulo 2

Capítulo I

El día que nací

Para ser un 29 de Febrero, el día había sido calido y soleado, comenzaba a anochecer, mi madre iba sentada en un carro tirado por dos grandes bueyes. Mi abuelo iba delante tirando de una cuerda atada al yugo de los bueyes, el caminar de los animales era lento pero seguro, el carro circulaba por un camino elevado, angosto y empedrado, rodeado de una espesa vegetación. Mi abuelo iba contando una historia para entretener a mi madre y ésta observaba atentamente a mi abuelo mientras le sonreía. Se la veía feliz con su gran barriga de embarazada encima de aquel carro. El camino comenzó a ensancharse hasta que llegaron a un claro en medio de un frondoso bosque de carballos (robles) a los pies del monte llamado Pico Sacro. Mi abuelo encendió las dos antorchas que estaban situadas a ambos lados del carro, del medio de la espesura del bosque pudieron vislumbrar que una figura se acercaba a ellos, mi madre miró a mi abuelo con un gesto de preocupación en la cara, éste la tranquilizo diciendo que conocía a aquel personaje. Era un hombre de aspecto desgarbado y andrajoso, su cara estaba llena de profundas arrugas, una gran cicatriz con forma de rayo atravesaba su cara.

-Padre, ¿Quién es ese hombre? -Pregunto mi madre a mi abuelo con gesto de preocupación en su cara.

-Tranquila hija, es el Nubeiro, yo lo convoqué y quede con él aquí.
-El gesto de preocupación de mi madre torno en un gesto de miedo.

-Tú quédate en silencio, no digas nada y no le mires a los ojos.
-Mi madre bajo la cabeza y cerró los ojos.

Aquel personaje se acercó a mi abuelo, los bueyes comenzaron a emitir un fuerte bufido parecían asustados, comenzaron a bramar desesperadamente, el individuo alzó su mano derecha, miró fijamente hacía los bueyes y estos se arrodillaron en silencio. Mi abuelo permaneció impasible, echó la mano a su espalda y sacó de detrás de su chaqueta una bolsa de tela blanca, que entrego al personaje, éste miró a mi abuelo y sonrió.

-O trato queda feito (el traro está cerrado). -Dijo mi abuelo al personaje con voz serena. -Si. Contestó el individuo con voz tajante.

Mi madre levantó la cabeza y abrió los ojos. Había oscurecido repentinamente. Sin poder evitarlo, como si alguien la obligase, miró a aquel individuo a los ojos, el corazón de mi madre comenzó a latir a un

ritmo frenético, los ojos de aquel hombre eran amarillos, brillaban en la oscuridad. Mi madre presa del pánico se levanto del carro.

-Carmen, ino te muevas! -Le dijo mi abuelo con voz de mando. Mi madre se sentó temblando en el carro, el harapiento comenzó a alejarse del carro entonado cánticos en un idioma ininteligible, por cada paso que daba, el viento aumentaba, mi madre noto como gotas de lluvia mojaban su cara. Mi abuelo fue a la parte trasera del carro, cogió una azada y comenzó a cavar un surco circular alrededor del carro. El personaje se desapareció en medio de la espesura del bosque. Mi abuelo había terminado de cavar el círculo, sacó del lateral del carro un saco de tela marrón, desató la boca del saco y a puñados empezó a tirar sal dentro del surco.

-¿Qué hace padre? -Pregunto mi madre, con voz temblorosa, mientras se empezaban a escuchar grandes truenos.

-¡Es necesario!, ¡es necesario! -Repetía mi abuelo sin cesar al tiempo que rellenaba el círculo de sal.

Al compás de los truenos se empezaron a escuchar aullidos de lobos, de en medio de la espesura del bosque, se empezaban a vislumbrar pequeñas luces brillantes en procesión, acompañadas del repicar de campanas y chirrido de cadenas, en medio de la oscuridad.

-¡Padre! -Gritó mi madre desesperadamente. -¿Qué ha hecho?

-¡Es necesario! La profecía ha de cumplirse, La santa compañía se llevará a uno de los dos. -Las lágrimas recorrían el rostro de mi abuelo. Mi madre aterrorizada, comenzó a sentir un terrible dolor en su vientre, al tiempo que notó, como un torrente de agua caliente recorría sus piernas, había roto aguas.

-¡Bájate del carro! y ponte debajo de el. -Le dijo mi abuelo con voz enérgica a mi madre. El viento cada vez era más fuerte, las llamas de las antorchas del carro se estiraban y se retorcían como pequeños tornados. Mi madre se arrastraba a cuatro patas por el suelo mientras se retorció de dolor. Se situó debajo del carro mientras mi abuelo cogió una de las antorchas del carro y apuntaba con ella hacía el camino por donde hacía un rato había salido el Nubeiro. Una manada de lobos rodeo el carro. Mi madre gritaba por el dolor intenso de las contracciones y por el miedo.

-Tranquila Carmiña, no vienen a por ti, los lobos no te harán nada, vienen a proteger a uno de los dos. Estadea solo se llevará a uno. -Le dijo mi abuelo a mi madre en tono tranquilizador.

-¿Quién es Estadea? ¿A quien se va a llevar Padre? -Gritó mi

madre entre lágrimas de pena y dolor.

-Estadea es el espectro mayor de la Santa Compañía, que viene acompañado de la procesión de ánimas. -Susurró mi abuelo.

El viento venia cargado de un fuerte olor a cera quemada e incienso de rosas. La comitiva encabezada por el espectro vestido con una túnica negra se detuvo delante del carro. El macho alfa de la manada de lobos, se giro hacía el espectro, se coloco en posición defensiva mientras enseñaba sus grandes colmillos. La procesión de ánimas vestidas con sudarios negros, se colocó alrededor del círculo. Al lado del espectro un hombre pálido con la tez blanquecina como la leche, portaba una gran cruz de plata. Mi madre gritaba intensamente, mi abuelo se agacho delante de ella. Mi madre tumbada en el suelo se retorció de dolor, empujaba instintivamente al compás de las contracciones. Una pequeña cabeza blanca llena de pelo negro asomó por la parte más íntima de mi madre, mi abuelo la congio con sus manos y tiró suavemente, hasta que consiguió sacar del todo a aquella criatura, la dejó en el suelo y cogió un trapo blanco de lino del carro, limpio a la criatura y la cogió por una de las piernas levantándola y dejándola boca abajo, le dio un cachete en sus nalgas y un pequeño alarido salio de la garganta de la criatura. Mi abuelo con las manos temblorosas, dejó a la criatura encima del trapo blanco, con un gesto de dolor se volvió a arrodillar delante de mi madre. Ella seguía empujando a pesar de estar agotada, a los pocos segundos otra cabeza asomo al exterior, ¡era yo! Me estaba viendo nacer. Mi abuelo tiró de mí suavemente hasta que salí, al contrario que mi hermano llore sin necesidad de la palmada, mi abuelo se levanto conmigo en los brazos y cogió otro trapo de lino y me limpió con suavidad. Mi madre perdió el conocimiento por el cansancio y el dolor. Mi abuelo observo mi cuerpo detenidamente y visualizó la marca que me había hecho el carnero en mi nalga derecha, me cubrió con el trapo y me colocó encima del pecho de mi madre.

Los lobos comenzaron a aullar con fuerza, el viento rugía, el olor a incienso y cera se hizo más intenso. El espectro levanto su mano derecha y de la manga de su túnica asomó una mano esquelética, que señaló en dirección a donde estaba mi hermano tendido en el suelo. La lluvia comenzó a caer con fuerza, el lobo seguía en posición defensiva delante del espectro, mi abuelo cogió a mi hermano, lo envolvió con el trapo blanco ensangrentado, salió lentamente del círculo y entregó a mi hermano al espectro, unos ojos brillantes de un color rojo intenso, tenebrosos, iluminaron el rostro cadavérico del espectro, que sonreía. El espectro se dio la vuelta y la procesión de ánimas que rodeaban el círculo lo siguieron lentamente. El hombre con la tez blanquecina permaneció inmóvil portando la cruz y susurro en voz baja...

-¡Por fin se acaba mi tormento!

La manada de lobos se abalanzó sobre aquel hombre, que comenzó a gritar de dolor mientras los lobos arrancaban a mordiscos la carne de su cuerpo, sin embargo el gesto en la cara de aquel hombre, extrañamente era de satisfacción. La cruz cayó al suelo, mi abuelo la recogió y la colocó en el carro. La lluvia cesó, el viento desapareció. Los lobos desaparecieron en la espesura del bosque arrastrando el cadáver despedazado del portador de la cruz. Mi abuelo cogió unas cuncas de barro (tazas de barro) del carro y se acercó a la montaña sagrada, al Pico Sacro y llenó las cuncas con agua de uno de los agujeros de la roca de la montaña. Cuando llegó al carro, mi madre estaba despierta, se arrodilló dejó las cuncas en el suelo, me cogió del pecho de mi madre y me estrechó entre sus brazos.

-¡Bebé Carmiña! El agua sagrada de la montaña. –Mi madre se incorporó cogió una de las tazas y bebió de ellas, mientras mi abuelo entre susurros cogió la otra taza del suelo y me echó el agua sagrada por encima de mi cabeza.